

**V ENCUENTRO DE INVESTIGADORES DE LITERATURA
VENEZOLANA Y LATINOAMERICANA**
(Mérida, 30 noviembre - 2 de diciembre, 2005)

FICCIONES Y ESCENARIOS DEL PODER

VENEZUELA, FÁBRICA DE HÉROES

Luis Ricardo Dávila
Universidad de Los Andes

“Bolívar ocupa un reino aparte entre los hombres y Dios”.

LAUREANO VILLANUEVA
1896

LA LÓGICA DEL DISCURSO HEROICO

¿Qué es un héroe nacional? ¿Cómo se construye? ¿Cuál es el imaginario social subyacente a su creación? ¿Han existido siempre esta clase de arquetipos simbólicos? ¿Cuándo y cómo se les crea? ¿Para qué sirven? ¿Es posible crear tendencias unificadoras nacionales sin su existencia? ¿Qué diferencia establecen ellos con los personajes de leyendas, con el heroísmo romántico o con la simple popularidad? ¿Para ser popular es necesario apoyarse en lo heroico? ¿Todo hombre de genio termina ineludiblemente en héroe? Acaso no sea el propósito de este ensayo responder a estas preguntas, pero sí es mi intención argumentar conceptual e históricamente en esta dirección, explorarlas, así sea someramente, surcando huellas que faciliten explicar el proceso histórico venezolano.

“*Desdicha al pueblo que tiene necesidad de héroes*”¹, constataba el filósofo alemán Georg Wilhelm Friederich Hegel. Frase, por cierto, muchas veces citada, pocas veces comprendida en el esplendor de su sentido. Si seguimos su razonamiento podría concluirse que una sociedad sin héroes nacionales debe transitar un feliz desarrollo histórico, sin mayores dramas ni episodios patéticos. La ausencia de ellos podría ser, en relación a la formación de las naciones, enteramente sustituida por el folklore nacional, la adoración religiosa, el relato oral o por la llamada cultura nacional. De esta manera se reforzaría la experiencia de la discontinuidad en la formación del Estado y la Nación. Estamos en presencia de un escepticismo social en relación al héroe.

También lo contrario sería verdad en la amonestación hegeliana. Los pueblos tienen una necesidad casi patológica de héroes nacionales y de su creación depende su supervivencia y unidad. En este caso el *pathos* de una nación como la venezolana sería altamente heroico y, en consecuencia, la desdicha marcaría su destino histórico. Sin embargo, hay mucho abultamiento racional germánico acá, esa propensión del alemán moderno al enrevesado pensamiento abstracto (al *dumpfen intellecte* de Nietzsche), como para pensar que un pueblo de tierra caliente, nuestra América morena, pueda ceñirse a estos postulados. Ya se ha afirmado y comprobado que el discurso que gobierna nuestro pensamiento es más mágico que lógico. “*Somos pueblos de biografía más que de historia*”, sentenciaba, ahora sí uno de los nuestros en 1930, Mariano Picón-Salas². La historia no puede aparecer ante nuestros ojos sino como una magnífica epopeya de nuestros héroes. La concepción de fuerza social es demasiado abstracta y preferimos construir la unidad y

¹ Hegel, G.W.F., *Correspondance*, Gallimard/Tel, París, 1990, p. 98.

² “Hiapano América, posición crítica” (Conferencia en la Universidad de Concepción, noviembre de 1930), en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Biblioteca Americana, Santiago de Chile, 1933, p. 81.

coherencia de la sociedad a través del horizonte de una personalidad, del rostro fulgurante de un héroe. Así se convierte la historia en un juego de contemplación, de alarde, de espectáculo, de repeticiones estériles. El héroe es su fuerza reguladora: unifica y cohesiona, pero también distorsiona sobre todo a nivel del *ethos*. Nos falta un equilibrio cultural entre el *ethos* y el *pathos*. La transformación de la vida social depende obstinadamente de un permanente culto al héroe que revuelve y condiciona todo el fondo de nuestro ser histórico. Hay en el venezolano un exceso de apetito simbólico que tampoco nos deja mirar bien el fondo de sí mismos.

En lo que sigue quisiera explorar este problema, suerte de arista básica de lo nacional venezolano: **el exceso de heroísmo como elemento constitutivo de la nación, con todo y sus respectivas consecuencias éticas y políticas. Exceso que expreso a través de la metáfora: VENEZUELA, FÁBRICA DE HÉROES.** Indagaré sobre esto en busca del lenguaje, de los símbolos y de los conceptos que la expresan en la tarea de pensar nuestro devenir como nación.

HEROE, PUEBLO Y CONCIENCIA NACIONAL

Ahora bien, comenzaré señalando lo que no pretendo hacer de manera de preparar el terreno para lo que sí quiero hacer. No trataré de elaborar conceptos del héroe, siguiendo a Carlyle o a Emerson, tampoco intentaré construir morfologías ni semánticas de la figura heroica, mucho menos quisiera embarcarme en la propuesta de una tipología del héroe, de los rasgos formales y funcionales de los héroes. Más bien de lo que se trata es de

examinar en Venezuela el dispositivo³ de poder que se construye en torno al héroe. Me propongo examinar el dispositivo heroico en su función estratégica específica: **justificar una estructura de dominación, así como consolidar la estructura nacional venezolana.** Allí se diferencian dos momentos esenciales: 1- El predominio del objetivo estratégico, lo cual ocurre en Venezuela entre 1833 y 1870, y 2- La constitución del objetivo propiamente dicho a partir del gobierno de Guzmán Blanco en 1870, cuando el culto al héroe se convierte en política de Estado, en discurso oficial del poder, utilizado para fines ideológicos y políticos pero también para fines éticos y sociales diversos en un proceso de perpetuo rellenamiento estratégico de dominación.

La idea de la nación venezolana tiene entre sus contenidos una suerte de creencia, de sentimiento, de sentido de pertenencia a un conglomerado más general y a un cierto proceso histórico y heroico, presente en expresiones tales como: “*Somos porque fuimos*”, “*seremos porque hemos sido*”, “*haremos porque hemos hecho*” que no hacen sino remitirnos a aquel *Bolívar, miserere nobis*, misericordioso, con que los venezolanos intentamos conjurar todo fracaso y abrir el porvenir. Pero estos sentidos no surgen de repente. Surgen del proceso histórico y de su construcción discursiva ideologizante que proyecta complejos dispositivos de poder (instituciones, leyes, rituales, enunciados éticos, narraciones históricas), entre ellos el dispositivo heroico, con posición estratégica dominante, pues afectan el orden simbólico de la sociedad, construyen el “yo” y el “nosotros”, dan la pauta ideológica legitimadora. Sin embargo, como bien lo percibe Briceño Iragorry: “*Se rinde*

³ Uso el concepto en el sentido dado por Foucault como una red de relaciones que se pueden establecer entre elementos heterogéneos (discursos, instituciones, leyes, enunciados éticos, propuestas filosóficas, lo dicho y lo no-dicho) de manera de establecer el nexo para controlar esta estructura de elementos heterogéneos.

‘culto’ a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo”.

Hay allí un primer componente del dispositivo heroico: se sublima lo sentimental venezolano, más que lo racional nacional. Siendo la ruptura con el nexo colonial *“obra de un traumatismo, de una creciente reacción que se origina en el sentimiento y que tiene por causa el quebrantamiento de la justicia”*⁴, esta ruptura se tradujo, en términos del tiempo histórico, en una guerra de emancipación larga, cruenta y costosa no tanto en términos materiales como espirituales y éticos, seguido de un dificultoso proceso de consolidación política y social como nación, su sutura no podría ser sino en términos de exaltar lo sentimental heroico.

HISTORIA PATRIA, LA VENEZUELA HEROICA

El culto a Bolívar es el eje de la fábrica de héroes y fue creado por las historiografías patria y nacional. Lo que permite un aspecto que para el caso de Venezuela es de suma importancia: las percepciones de la conciencia nacional en relación a su memoria histórica. En términos de la conformación de un sentido histórico colectivo, éste se revela deformado por la influencia de la historia patria. Y en definitiva, la conciencia histórica patriota que sirve de base para el desarrollo de la conciencia social y, por ende, de la conciencia política, al sobrevivir exageradamente y proyectarse en el tiempo no sólo obstaculizó la comprensión del proceso de formación de la nación, sino que también se convirtió en fuente de pensamiento esquemático y deformado, amén de su función de bálsamo adormecedor del pueblo: *“El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los*

⁴ Díaz Sánchez, Ramón, “La independencia de Venezuela y sus perspectivas”, estudio preliminar a la edición del *Libro de Actas del Supremo Congreso de Venezuela, 1811-1812*, tomo I, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961, pp. 37-38.

generales, y terminó por perder la vocación de resistir”⁵. También ha sido señalado --con metáforas angustiosas que no convocan sino a la reflexión-- que la historia de Venezuela es “*una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia*”⁶.

Estas formas de interpretar y escribir la historia que influyen sobre la movilización espiritual de la nación venezolana, afectan por igual el desarrollo de su memoria histórica. Y ya sabemos que esta memoria es un componente vital en la formación de las identidades nacionales. La producción de la identidad de una colectividad no puede prescindir de su memoria social. Esta se nutre de la conciencia de individualidad, de la convicción de ser alguien: “*la sociedad es memoria, tal es su naturaleza física*”⁷. Así, la visión deformada, la organización caprichosa de nuestro pasado ha sido igualmente fuente de oscuridad acerca de nuestro ser nacional. Este señalamiento es una constante en el pensamiento nacional. Baralt veía en las antiguas costumbres venezolanas algo que no dejaba de ser paradójico: la identidad de costumbres con las de España “*en las clases principales de la sociedad, y la falta total de recuerdos comunes*”⁸. Lo que les convertía “*en un gran pueblo sin tradiciones, sin vínculos filiales, sin apego a sus mayores, obedientes sólo por hábito e impotencia*” (pp. 457-458). En cuanto a los criollos, “*apenas se acordaban de su origen*”. Por supuesto, siempre se podría explicar esta interpretación distorsionada de la realidad, bajo el argumento de la carencia de

⁵ Briceño Iragorry, Mario, *Mensaje sin destino. Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo* (1951), incluido en *Obras Selectas*, Caracas, Ediciones Edime, 1966, pp. 519-520.

⁶ Uslar Pietri, Arturo, “Una oración académica sobre el rescate del pasado”, en *Del hacer y deshacer de Venezuela* (1962), incluido en *Obras Selectas*, Caracas, Ediciones Edime, 1967, p. 1371.

⁷ Montero, Maritza, *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 3a edición, 1991 (1984), p. 149.

⁸ Baralt, Rafael María, *Resumen de la Historia de Venezuela*, Brujas, Desclée et Brouwer, 1939 (1841), capítulo XXII, “Carácter nacional”, p. 456.

recuerdos que caracteriza a todo pueblo joven⁹. Lo interesante es que semejantes señalamientos son una constante en la historia de la sociedad venezolana.

LOS USOS DEL IMAGINARIO HEROICO

Desde todas estas perspectivas, puede verse que el sentimiento y la idea de lo nacional fue ayer, lo es todavía y acaso siempre lo será una herida abierta en la sociedad venezolana. Herida que problematiza de manera particular la conciencia nacional y la identidad del venezolano; herida que se sutura con la exaltación de lo heroico; herida, en fin, porque *“está desfigurada la imagen que recibimos y transmitimos de nuestro ser histórico”*¹⁰. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, en nuestro propio pasado nacional, la sustancia moral de nuestro ser social, nos caracteriza una debilidad de perfiles identitarios, que nos ha impedido llegar *“a la definición de ‘pueblo histórico’ que se necesita para la fragua de la nacionalidad”* (Briceño I., *ibidem*, p. 476). Conciencia nacional y culto heroico se pierden entre lo contradictorio y lo confuso. Ambas coordenadas definen las insuficiencias de la nación. Siguiendo a Picón-Salas, podría señalarse que lo que nos caracteriza es una identidad nacional hecha de *“impresiones y retazos no soldados y flotantes”* y que extravían más que dirigen al *“alma venezolana en la búsqueda y comprensión de sus propios fines”*¹¹. Entonces, para unir estas impresiones, para darle sentido y contenido a estos retazos, para lograr

⁹ A la razón del “pueblo joven”, Picón-Salas incorporará también la de la influencia del medio físico rechazando, sin embargo, las explicaciones positivistas al respecto: *“Como la historia es reciente y tiene por escenario una naturaleza inmensa y todavía en trance de domar, el esfuerzo del hombre es discontinuo y el hecho nuevo aparece imprevisible”*, ver “Antítesis y tesis de nuestra historia” (1939), incluido en *Obras Selectas*, Caracas, Ediciones Edime, 1953, p. 197.

¹⁰ Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 1382.

¹¹ “Comprensión de Venezuela”, incluido en *Obras Selectas*, *op. cit.*, p. 223.

una unidad de fines se recurre a la construcción del dispositivo heroico como elemento estructurante de la conciencia nacional.

Léase bien el sentido y el énfasis que encierran estas palabras de José María Vargas:

“(...) la Nación se ha constituido legítimamente y establecido su gobierno, hijo de un grande hecho nacional y de la voluntad de todos, legítimamente expresada. El Gobierno de Venezuela es un Gobierno legítimo nacional, de hecho y de derecho”.¹²

¿Qué duda cabría de esto?. La nación y su gobierno eran producto de un hecho nacional: la Independencia. Pero, ¿de verdad eran expresión de la voluntad de todos, legítimamente expresada? Se hablaba de una república oligárquica en 1830, que no era otra que la república de los pocos y no de los muchos. En relación a lo segundo, todo estaba en la Patria que nacía, cuya consolidación requería de la creación de mitos comunes. Ninguna comunidad que aspire a convertirse en nación --y mucho menos en Patria-- puede existir sin la creación de mitos compartidos que vayan formando un sustrato anímico común. La Independencia con sus turbulentos episodios, sus actitudes desprendidas, su patriotismo y heroísmo inherentes aportaba, sin lugar a dudas, singularidades como para construir un mito identificador. No obstante, a la nueva estructura política republicana era necesario añadirle nuevos sustentos ideológicos y políticos. Crear una historia de la génesis de la nación, de sus héroes fundadores o de sus anti-héroes; crear una leyenda del horrible pasado y del luminoso porvenir, eran operaciones que estaban a la orden del

¹² Vargas fue el primer presidente civil de la nueva estructura política, a la que llegó en 1834. Fue arrojado del poder un año después por una componenda militar (“La Revolución de las Reformas”). Estas palabras son parte de un diálogo con Carujo, uno de sus expulsores, el 8 de julio de 1835, sobre la legitimidad del Gobierno de Venezuela. En Blanco, Andrés Eloy, *Vargas, el albacea de la angustia*, Caracas, Biblioteca Popular Venezolana, 1947, p. 119; también, Villanueva, Laureano, *Biografía del Doctor José María Vargas*, Caracas, 1883.

día y que no harían sino cimentar y endurecer las frágiles bases de la forma política. Es que la república desde su nacimiento está en lucha con ella misma; en esto consiste su ambigüedad y el secreto de sus continuas transformaciones, cambios y debilidades.

“*Nada nacional es pequeño*”, señalaba atinadamente Antonio Leocadio Guzmán en 1840. Las implicaciones de esta *boutade* escapaban a la propia racionalidad de la acción política. Sus consecuencias tampoco serían pequeñas. Para aquel momento más de la mitad de los venezolanos nacieron y se educaron bajo el régimen español. En lo sucesivo, sería necesario educar e instruir bajo nuevos parámetros, transmitir a través de la escuela y de la historia nuevos símbolos, nuevas alegorías y nuevo arte, acostumbrar a nuevas ceremonias y rituales, narrar las maneras de la vida autónoma en común. Pero esto no llegaría de una vez. Es que la nacionalidad venezolana se nutría --al igual que en el resto del Continente-- de una ambigüedad: se crearon la nación y la república como estructuras modernas, con todas sus formas políticas y éticas inherentes, en el seno de sociedades tradicionales. La articulación de este par de componentes (tradicición y modernidad) disímiles en contenido y en naturaleza, siempre fue ambigua, difícil, inacabada.

La nación como fuerza simbólica sólo adquiriría sentido y unidad en torno al pasado heroico de los días de la independencia del Imperio español. En estas circunstancias, uno de los primeros pasos para darle contenido y significación a la identidad nacional fue dado por el General Antonio Guzmán Blanco, jefe del Partido Liberal (formado desde la década de 1840) y figura dominante en la política interna entre 1870 y 1887. Durante su tiempo histórico se sustanciarían los elementos básicos del imaginario heroico y cultural de la nación venezolana. Se insistió, sin lograrlo, en la paz civil como fundamento para la construcción de un sentimiento nacional; en complemento,

se incrementaron los trabajos públicos de caminos y ferrocarriles para la integración del territorio; igualmente, se fomentó el patriotismo mediante la adopción de símbolos componentes de la nacionalidad, la identidad y soberanía nacional (bandera, selección del himno nacional, escudo de armas, etc.) Todo esto representaba en sí mismo el fundamento de un pensamiento y una cultura nacionales. Caracas tuvo muy pronto, durante el último tercio del siglo XIX, su primer Capitolio Nacional, así como un largo número de instituciones culturales --la Academia de Bellas Artes (1887), la Academia Venezolana de Literatura (1872), la Academia Nacional de la Historia (1890).

En adición a esta actividad institucional que preservaba la memoria nacional, el gobierno estableció el dispositivo heroico, a través del "Culto a Bolívar"¹³, que no fue otra cosa que la puesta en escena ideológica e institucional con la que Bolívar se convertía en héroe, esto es, en principalísimo factor de unidad nacional. El Libertador, caído al comienzo en la ignominia, fue objeto en lo sucesivo de una ilimitada alabanza en un esfuerzo para incrementar el patriotismo, la legitimidad del Estado y el orgullo nacional de ser herederos de su magna obra. El presente de la nación se unía a su pasado: *somos porque hemos sido*. Muy pronto, para fortalecer el sentimiento cívico de la identidad de la nación, el gobierno erigió bustos del Libertador a lo largo y ancho del territorio¹⁴.

POÉTICA DEL PODER HEROICO

Esta construcción heroica está íntimamente vinculada a la naturaleza misma del poder. El héroe se construye para sedimentar los condicionantes

¹³ Carrera Damas, G., *El Culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973 (1970).

unificadores, para asegurar la cohesión simbólica de los miembros de una formación nacional. Pero también se construye para superar la precariedad de lo social e institucional y para legitimar la estructura de poder, esto es, para justificar la estructura de dominación y de exclusión en su nombre.

Se supone que un imaginario heroico como el bolivariano, se convierte en la grandeza de Bolívar puesta al servicio de todos los venezolanos. Pero no siempre resulta así. Al héroe se le puede apropiar con motivos inconfesables. No sólo para justificar la estructura de dominación y exclusión, sino para en su nombre y recurriendo a los atajos que siempre han estado presentes en la historia de Venezuela, instaurar regímenes totalitarios. Todos los caudillos de nuestro trágico siglo XIX, sin excepción, gobernaron acudiendo al imaginario bolivariano. El orden y el caos imperantes se disimulaban con la fanfarria trompetera y patriótica de giro mesiánico: saldremos de este estado de naturaleza, para pasar al estado de cultura con la ayuda del divino Libertador, imagen para los venezolanos de sacrificio y audacia. Estos han sido algunos de los términos del discurso heroico.

Una vez consolidada la ruptura del orden colonial y superados los vaivenes propios a la construcción de la forma republicana, se comenzó luego de 1830 a reconstituir la sociedad y las relaciones sociales a través de nuevos lenguajes, nuevas prácticas ancladas en viejos principios y el uso de nuevos símbolos que cohesionaran los condicionantes unificadores que supone la construcción de toda nación. La poética del poder se constituyó, entonces, a través de prácticas simbólicas, de lenguajes, de gestos y de la creación no de héroes, sino de un solo héroe –Simón Bolívar-- que simboliza la nación venezolana en un movimiento confuso, donde se solapan muchos

¹⁴ Acerca del desarrollo del dispositivo heroico durante el tiempo de Guzmán, ver Nava, J., "The Illustrious American: The development of nationalism in Venezuela under Antonio Guzmán Blanco", *Hispanic American Historical Review*, 15 (4), 1965, pp. 527-543.

componentes; entre otros, la confusión entre los conceptos de “república”, “patria” y “nación”. Por supuesto que la gesta bolivariana portaba en sí misma el germen que posibilitaría esa confusión. Si nos atenemos a la interpretación de uno de los historiadores más alejados de la historia laudatoria, por su espíritu crítico, más que patriotero, Laureano Vallenilla Lanz, éste intentará —dentro de lo más representativo del lenguaje positivista— ser objetivo a la hora de juzgar la reconstitución de la república en Venezuela, la cual “*no debe verse sino como la sanción legal de un hecho preparado ya por el medio geográfico; consumado por la tradición y por la guerra, y consagrado en la historia por las glorias continentales de sus hijos*”. Pero a pesar de tanto positivismo no dudará de la condición heroica como fibra constitutiva de Venezuela: “*surgida de una de las guerras más sangrientas de la historia, nuestra patria es hija del heroísmo y la lealtad*”¹⁵. Tampoco dudará del papel fundador de Bolívar cuando afirma: “*El Libertador es también (...) el creador de la nacionalidad venezolana*”. Para añadir con más énfasis, siempre con mirada telescópica: “*Bolívar creó su patria dejando una tradición de unidad que cobró mayor fuerza cuando los venezolanos pasaron las fronteras para ir a librar las batallas de la Independencia de América*” (pp. 115-116). Los términos son precisos: *dejando una tradición de unidad*. De eso se trataba: fundar, para dejar nexos, lazos de unidad.

Así se fue construyendo intelectualmente esta confusión o igualdad de sentido dado a estos conceptos, supeditados a la figura de Bolívar quien es, indistintamente, para los venezolanos, el creador de las tres estructuras: Bolívar, *pater noster*, padre de una patria que no tiene madre; fundador de la república que aún no existe sino en los sueños; y, creador de una nación aérea

¹⁵ “La influencia de los viejos conceptos”, 1911. En *Obras Completas / Tomo II Disgregación e Integración*, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María, Caracas, 1984, pp. 102 y 117.

que no termina de dibujar su raíz y su rostro. Poco importa que los procesos reales hayan ocurrido de otra manera. Lo que importa son las representaciones. No importa que este *pater patriae* haya sido condenado al ostracismo desde 1829, tampoco que haya ocurrido el parricidio simbólico de 1830. Lo que importa es que a escasos tres años de su muerte, el hombre y su sombra podrían ser muy útiles para consolidar una nueva estructura de dominación que contenía muchos de los mismos vicios coloniales.

En 1833 comienza el proceso de construcción del héroe. El primer paso fue reivindicar su figura. El segundo paso consistió en solicitar la repatriación de sus restos que permanecían en Colombia. El tercer paso fue comenzar a reconocer los méritos que las rivalidades políticas habían desconocido durante la desintegración de la Gran Colombia. El portavoz de ese proceso es el propio gobierno del General Páez. El argumento no se presta a ninguna duda: “*para limpiar de aquella mancha la conciencia nacional*”¹⁶. Todo este discurso va conformando “*las bases y modos de la conciencia nacional venezolana*” (Carrera Damas). El elemento constitutivo de nuestra fábrica de héroes es la identificación (en sentido psicoanalítico¹⁷) entre conciencia nacional y culto al héroe patrio. A partir de allí se echarán las bases de nuestro sentimiento nacional.

La construcción de este proceso heroico es producto de muchos procesos, algunos de los cuales son contingentes. Por ejemplo, es importante la postura de un visitante desprevenido como José Martí quien más tarde sería convertido en héroe él mismo, quien atribulado por otras preocupaciones

¹⁶ Ver al respecto Carrera Damas, G., “Simón Bolívar, el culto heroico y la nación”, *Hispanic American Historical Review*, 63 (1), 1983. Igualmente, Castro Leiva, L., *De la patria boba a la teología bolivariana*, Monte Avila Editores, Caracas, 1991; y, finalmente, Dávila, Luis R., *Venezuela, la formación de las identidades políticas. El caso del discurso nacionalista*, Universidad de Los Andes, Mérida, 1996.

¹⁷ Toda identidad social entraña no sólo un proceso de descubrimiento o reconocimiento, sino también de construcción. A esta dimensión de la construcción de las identidades sociales se le llama identificación.

mayores como lo era la libertad de su propia patria, nos legó este entrañable relato en julio de 1889:

*“Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano... Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos”.*¹⁸

Acaso, *sans le savoir*, como en la frase de Molière, y a través de la exaltación bolivariana, Martí –ese otro “héroe de muchas letras”, como le llamara Juan Marinello¹⁹-- estaba aportando su grano de arena a la conformación de esta gran fábrica de héroes que ha sido la historia de Venezuela. Más aún, contribuye también a su definición partiendo de la noción moralizante del “decoro”: *“Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor (...) Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres (...) En esos hombres hay miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados”* (p. 207).

Sobre el uso de otro tono, declamatorio y lírico como abonador de la fábrica heroica, da cuenta en 1896 este testimonio de uno de los historiadores más influyentes de aquel momento, Laureano Villanueva:

¹⁸ “Tres héroes”, *La Edad de Oro* (julio, 1889). En *Nuestra América*, prólogo de Juan Marinello, selección y notas Hugo Achugar, cronología Cintio Vitier, Biblioteca Ayacucho, Caracas, p. 206.

¹⁹ Marinello, J., *Martí desde ahora (Lección primera de la Cátedra Martiana)*, Imprenta de la Universidad de La Habana, 1962, p. 3.

“Bolívar no cabe en los moldes de la humanidad. Los demás hombres pueden ser juzgados y comparados entre sí, desde Sucre hasta Washington, desde Miranda hasta San Martín, desde Santander hasta Páez. El no. El es único, incomparable, magnífico, de fuerza sobrenatural, por encima de los hombres y de la historia, como los astros por encima de todas las cumbres de la tierra y por encima de todas las nubes del espacio. Bolívar ocupa un reino aparte entre los hombres y Dios”²⁰.

TRAMA ÉTICO-POLÍTICA DE UNA PRÁCTICA SIMBÓLICA

Ahora, bien, con esta “*fuera sobrenatural*” dominando la escena socio-histórica, ¿qué ocurrirá con los resortes éticos y políticos de una nacionalidad creada exclusivamente a la luz del relato heroico? La primera respuesta que asalta la superficie es la simplificación de la integración de aquellos elementos necesariamente complejos que conforman la nacionalidad. Esa simplificación fatalmente impuesta desde el discurso del poder a todo el organismo social, se convierte --fatalmente también-- en una ficción oficial y no en una entidad real y efectiva. El componente simbólico sobredetermina lo que somos y en especial lo que se supone llegaremos a ser. Todo se justifica en aquel discurso ético: *seremos porque hemos sido*. Mientras tanto andamos danzando por encima de sí mismos, despreciando oportunidades históricas para salir del vértigo simbólico.

Sin embargo, bajo este tejido superficial un examen detenido del heroísmo bolivariano, arroja al menos tres consecuencias éticas y políticas que se han hecho constante en nuestra historia republicana: en primer lugar, los extravíos de un pensamiento que, más allá del *culto a Bolívar* (lo que es visto

²⁰ Villanueva, Laureano, “Autógrafos” con motivo del V aniversario de *El Cojo Ilustrado*, tomo V, vol. 1, No 97, Caracas, 1 de enero, 1896, p. 12.

como una parte inevitable del mito fundacional de la república), de la fábrica heroica, intenta reconducir toda nuestra historia a un solo hombre. En ello Bolívar pierde su condición personal y se transforma en una suerte de presunto arquetipo, figura heroica y, por lo tanto, ideal que debe moldear la vida de la nación y la de cada venezolano.

En segundo lugar, con semejante extravío se acentúa el germen de la ética voluntarista, que pretende hacer de la vida política y hasta del desarrollo económico y social el producto de *un querer alimentado por la pasión simbólica*. Aparte de los elementos totalitarios que le son inherentes, tal voluntarismo instituye entonces la utopía como proyecto y se traduce en un reiterado fracaso como resultado. Como si viviéramos en un permanente delirio sobre el Chimborazo que sólo nos lleva a arar en el mar.

En tercer lugar, y acaso lo más grave, es la sorprendente vitalidad y permanencia de esta forma de pensamiento, en medio de la pluralidad experiencias y de corrientes que han nutrido nuestra vida republicana. Luego de un abultado desarrollo histórico, andando a pasos agigantados y, en particular, luego de una exitosa experiencia democrática de más de medio siglo –acaso el principal logro en 188 años de república-- se comienzan a subvertir desde 1999 importantes logros político y sociales en nombre de un bolivarianismo anodino que no expresa sino la gran confusión ideológica que nos rodea.

Con estos gérmenes totalitario, voluntarista y antidemocrático el nuevo orden político dice nutrirse en el Preámbulo de la Constitución Nacional vigente desde 1999 del “(...) *ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar*”. El aspecto ético no se queda atrás cuando al abrir el Título I (“Principios Fundamentales”) se declara: “*La República Bolivariana de Venezuela fundamenta su patrimonio moral y sus valores de libertad,*

igualdad, justicia y paz internacional, en la doctrina de Simón Bolívar, el Libertador”.

Todo ello representa una amenaza para la estabilidad de un orden democrático de la vida. La persistencia de la *mandonería* ilusa y mesiánica que trae consigo o hace posible el heroísmo, nutre la dinámica de la incesante presencia del militarismo tradicional, ahora actualizado bajo la máscara del bolivarianismo-socialista. Desde 1999 y hasta hoy, en nombre de Bolívar –un Bolívar que, se nos dice, cabalga cada cien años; las réplicas de cuya espada se distribuyen por aquí y por allá (se le obsequia una incluso a un dictador africano) –; en nombre de ese Bolívar se quiere someter a la nación e instaurar un nuevo autoritarismo militar, voluntarista y animado por un sofocante culto a la personalidad. Se destruye la república, se desarraigan las instituciones para que todo quede en poder de quien ejerce el mando de forma voluntarista, personalista y totalitaria. Consecuencia notoria de nuestra fábrica de héroes. Incesantemente invocamos recetas mágicas, le soñamos virtudes al militarismo, nos obstinamos en conjurar un poder que nos librara del duro oficio de construir en libertad una sociedad más justa.

Es necesario un persistente empeño en pensar la vida social desde la propia vida. Aficionándonos a la historia, así como a la literatura y la política, se ha de estar muy atentos a las formas de la vida en la sociedad –las costumbres, las instituciones, los procesos– que son los que de manera permanente constituyen la raíz y el rostro de la nacionalidad. Particularmente se ha de estar alerta a cómo repercuten esas vigencias en la conducta de cada uno.

La experiencia secular de la humanidad nos enseña que el poder corrompe. Se le añade luego a esa afirmación que un poder absoluto corrompe absolutamente. Pero no se trata de una maldición inexorable de la especie

humana. El poder corrompe cuando se lo separa de la justicia. Se hace ilusoria la justicia, una simple máscara del poder, cuando se la separa de esa verdad que nos dice en la conciencia cómo ha de ser respetada la dignidad de la persona; que los derechos humanos son la regla de las decisiones y no tan solo un resultado deseable; que sin la vigencia de lo que históricamente hemos llamado *Estado de Derecho* no hay verdadera democracia.

La recuperación de la república debe comenzar en la conciencia. Pensar el bolivarianismo en su construcción heroica nos muestra algo que llevamos dentro y nos explica los extravíos de nuestra aventura histórica que, una vez más, parecen retraernos a los comienzos. Así, cada uno ha de esforzarse en ver, no su conveniencia, sino el bien de la nación y la verdad de lo que ocurre. Todos tenemos la obligación de pensar no la de hincarnos ante la opinión.

Muchas cosas quedan por decir, no menos por desarrollar. Pero de lo que sí estamos seguros es de que las reflexiones a que invita el tema heroico siempre serán útiles para repensarnos como pueblo, con débil memoria e inmerso en situaciones históricas frágiles, no fundamentadas en postulados racionales, refugiadas en actitudes simbólicas y mágicas, donde el *logos* cede espacio al *pathos*. Lo que podría insinuar que la adhesión al héroe no significa más que una práctica transitoria de largo aliento que viene a dibujar la existencia en el venezolano de un deseo narcisista y, finalmente, poco consistente. La felicidad de los pueblos sin héroes puede ser francamente declarada. Y, lo que es más importante, los grandes episodios de su historia nacional pueden sobrevivir sin ellos. A fin de cuentas, de qué sirve tener como modelo a grandes hombres, si el discurso del poder los suele convertir en peligrosa arma para dar al traste con los más preciosos valores del ser humano, la libertad entre otros. Pareciera que Hegel no estaba equivocado del todo.

ADDENDA

- *“Vida del gran Mariscal de Ayacucho”*, Laureano Villanueva, Caracas, 1895.

Dice Zumeta: “El Doctor Villanueva se declara incompetente para el desempeño de un alto cometido de historiador cuando declara que ‘BOLÍVAR NO PUEDE SER JUZGADO POR LAS LEYES DE LOS HOMBRES, PÒRQUE ÉI NO ES UN GENERAL, NI UN CAUDILLO, NI UN DICTADOR, SINO MÁS QUE TODO ESO: UN GENIO’”

Continúa Zumera: “Bolívar fue un general, fue un caudillo, fue in dictador, y es así como la historia debe estudiarlo, la circunstancia de ser además un genio resultará indudablemente de la crítica estrecha a que se someta su obra en cuanto a los medios de que dispuso para realizarla, de los obstáculos que venció, de la solidez, la extensión, la viabilidad, la trascendencia de su creación”.

Y remata: “Divinizado, es insignificante; humano es sencillamente grandioso”.

Zumeta: “En tierras en donde el mal que nos roe las entrañas es la glorificación de los vencedores, y por atavismos antropomórficos van cayendo los pueblos de rodillas ante los hombres llamados providenciales, sancionar el personalismo incondicional de la gloria, es perpetuar el personalismo incondicional del éxito. Cuando las grandes conciencias, los cerebros guadores colocan a Bolívar por encima de la crítica y de la historia, la masa guiada, el pueblo no vacila en colocar a una mediocridad cualquiera sobre la Nación y las leyes. Hubiéramos sido más parcós en ditirambo y no llenarían nuestra historia de los últimos setenticinco años tres o cuatro hombres que gobernaron en no interrumpida apoteosis más arriba de toda responsabilidad y de toda sanción”.

Este error de inclinar la historiografía patria hacia una permanente fábrica de héroes ha sido desgraciadamente fundamental para la evolución histórica de la nación venezolana. Si nos hubiéramos alejado más del culto a esos hombres llamados providenciales, el pueblo

se hubiera evitado esa nefasta tendencia de caer de rodillas ante el personalismo incondicional de la gloria, nos hubiéramos economizado perpetuar el personalismo incondicional del éxito definido por la adulación y manejo de esos hombres providenciales. Cuantas gobernantes mediocres hubiésemos evitado, cuya única carta de presentación era elevar el culto heroico a una política de Estado. Sólo contar con héroes militares, despreciando a los héroes civiles o minimizándolos al heroísmo de estatua o plaza pública, ha definido la naturaleza del poder simbólico en Venezuela. El heroísmo patrio resulta de considerar a los militares en un rango superior a lo humano. Como diría lapidariamente Zumeta, refiriéndose a Bolívar: “Divinizado, es insignificante; humano es sencillamente grandioso”.

FUENTE: Zumeta, César. “Nota Literaria / Vida del Gran Mariscal de Ayacucho, por el Dr. Laureano Villanueva”, Caracas, 1895, en *Notas críticas, (con dos comentarios separados por tiempo y distancia de S. Kay-Ayala*, Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, Caracas, 1951, pp. 63-70.

- En relación a cómo otros escritores americanos contribuyeron con esa fábrica de héroes que es Venezuela y, en especial, con el cultivo heroico de Simón Bolívar, añadir este *Canto trunco a Bolívar* de Rubén Darío:

“¡Oh tú, a quien Dios dio todas las alas
con tu condición de cortarlas...!
¡Oh tú, proto-Cóndor de nuestras montañas!
(...)
¡Tu voz de Dios, hirió la pared de lo obscuro!”.

Páginas de Rubén Darío
(Selección y presentación de Miguel Angel Asturias)
Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina,
1963, p. 98.

Qué es el heroísmo?

El heroísmo consiste en hacer grandes cosas sin tener el sentimiento en la lucha con los demás, de estar delante de ellos, bailando por encima de sí mismo. El héroe lleva consigo el sentimiento de límites infranqueables, vaya donde vaya.

Hay los anti-héroes, de ellos está llena Venezuela que sin haber nunca hecho grandes cosas, han vivido de la gloria de los que sí la hicieron. Lo que han hecho es sacudir el árbol cuando los frutos estuvieron maduros.

En una palabra, los constructores de la fábrica de héroes nacional son quienes han vivido de no hacer cosas de una manera grande. Por ello se remiten permanentemente a quienes sí han hecho grandes cosas.